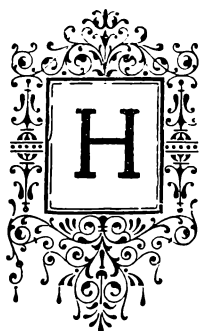


EL MENTIR DE LAS ESTRELLAS...

MARTE



H ahí un planeta al cual debemos todo linaje de consideración. Es nuestro tío astral. Presenta tantos puntos de contacto con la Tierra que parece existir entre ambos cuerpos celestes el más estrecho parentesco, sin poderse establecer de uno a otro el lazo de la paternidad y de la filiación, porque, según la hipótesis de Laplace convenientemente retocada por Faye, todos los componentes del cortejo solar deben tener un origen común, una misma masa de la cual se fueron desprendiendo cuando la fuerza tangencial resultó superior a la de la atracción.

Así se explicará el lector cómo haya sido tan insistente el empeño de ciertos aficionados a la Astronomía a poblar de seres racionales el mundo marcial, pues dada su semejanza con el nuestro, no había argumento científico para negarle un fuero similar. Esta misma mañana nos anuncia un cablegrama de la Prensa Asociada haber en una conferencia asegurado la existencia de seres vivientes en Marte un insigne astrónomo estadounidense, Robert G. Aitken, del Observatorio Lick, situado en el monte Hamilton del estado de California, U. S., dirección que ponemos en conocimiento de los leyentes por si alguno de ellos sintiere deseos de comunicarse con el descubridor.

Advertimos empero de paso a los más crédulos que obrarán con muy oportuna y plausible prudencia si por ventura suspenden todo juicio hasta recibir en extenso y por menudo el estudio del sapiente metropolitano, escarmentados como estamos de, haber sido en mil pasadas coyunturas juguete de los noticiones transmitidos por los "hambugueros" corresponsales de la Gran República Norteamericana, los cuales poseen, o nos engañamos muy torpemente, en grado cimero la anamorfosis de los andaluces, aunque sin el natural grecejo con que éstos saben disimular la exageración.

Sea de ello lo que fuere, y el tiempo se cuidará de aquilatar los pregones prematuros, el antipático dicos de la Guerra ofrece condiciones muy aceptables a primera vista para su habitabilidad. Mas bien podría acaecernos con Marte tres cuartos de lo sucedido con Venus, al cual comenzamos por conceder apariencias de suficiente desarrollo de condensación estelar, para venir al cabo a aquella conclusión científica, según la cual a nadie le es dado hablar de su corteza, porque nuestros instrumentos de mayor alcance no han podido todavía abrirse paso a través de la envoltura nebulosa donde se oculta la impúdica diosa pagana del Amor sensual.

El diámetro de Marte es aproximadamente la mitad del de la Tierra, y su volumen, menos de la sexta parte, y su peso diez veces menor. Invierte en su revolución sideral unos dos años (exacta-

mente un año y trescientos veintiún días). Su eje tiene una inclinación casi igual a la del nuestro, formando éste último con el celeste un ángulo de 23 grados y 27 minutos en su máximo y el de Marte uno de 25 grados. Circunstancia de interés capital cuando se trata de la habitabilidad, pues gracias a esa posición axial reinará en el planeta la diferencia de estaciones, evitando de esta suerte el exceso de frío en unas latitudes y en otras la torrefacción. La duración del día marcial alcanza 24 horas, 37 minutos y 22 segundos, despreciando la fracción decimal.

Mas no en todas las épocas del año, ni aun siquiera todos los años se presta Marte con igual aquiescencia a la curiosidad de los astrónomos, los cuales se ven precisados a aguardar ciertas oportunidades periódicas para observarle con mayores probabilidades de recoger alguna novedad. Y aún cuando hasta el presente hemos de intento procurado dar de mano a todo cuanto tuviere saborcillo científico, en nuestro propósito de hacernos entender aun de los más profanos en achaques de astronomía o de cualquier otro ramo del saber, esta vez nos vemos precisados a migar en la cosmografía a fin de aclarar la precedente proposición.

El camino recorrido por los astros en su movimiento de traslación recibe el nombre de órbita. Y recordamos de paso poder darse en los cuerpos sujetos a la moción dos clases de movimiento, los cuales obran ya individualmente ya unidos: de rotación y de traslación. Entiéndese por movimiento de rotación el de una masa sometida a girar en derredor de una recta, llamada eje, la cual se halla a las veces en el centro, como acaece en la casi totalidad de las ruedas, y otras en una línea exterior al centro, en cuyo supuesto no participa del equilibrio indiferente.

El de traslación no se refiere al cambio de postura sino a la mutación de lugar. El carrocerero que mediante la ayuda del gato levanta una de las ruedas del automóvil y con un impulso de su brazo le obliga a dar vueltas sobre su propio eje, le comunica tan sólo el movimiento de rotación. Mas cuando os proponéis disfrutar de la brisilla de la hora crepuscular y váis en vuestro vehículo a pasear por la atrayente planicie de la Luneta, cada una de las cuatro ruedas voltea sobre su sendo eje, y las cuatro contribuyen armoniosamente a trasladaros desde vuestra residencia a la orilla del mar. La ruta recorrida correspondería a la órbita astral.

Ahora bien. Suponed que limitáis vuestro paseo al camino que rodea uno de los óvalos de la Luneta y que otro aficionado al airecillo vespertino ha tenido ocurrencial igual. Sea que circuléis en la misma o en opuesta dirección, os encontraréis algunas veces en la marcha, a menos de caminar en el primero de los supuestos con velocidad igual. Al hecho de encontrarse los dos autos se le llama

“Oposición”, en el supuesto de haber colocado en medio del óvalo el Sol.

Y cuando se halla uno de los dos del lado del “Manila Hotel” y el otro de la parte del “Army and Navy Club” y los dos en lo más saliente del óvalo, dícese que están en “conjunción”. Comunicad al vehículo movimiento uniforme, dad a los óvalos estructura elíptica regular y comprendréis ya el significado de esos dos nombres en el mundo estelar.

Como Marte está a mayor distancia del Sol que nuestro planeta, la órbita de la Tierra queda de consiguiente encerrada en la de aquél. Y como según una ley de mecánica celeste, los cuerpos más vecinos al astro-rey se mueven con velocidad mayor, la Tierra y Marte deben encontrarse en su carrera, es decir, que se da en nuestra jornada un momento en el cual pasamos entre Marte y el Sol. De acuerdo con la ligera explicación arriba dada, se verifica entonces una “oposición”.

Esa es indudablemente la situación más adecuada para observar con más probabilidades de aprovechamiento el astro dedicado al dios de la guerra. Y diremos por qué. Si representamos por uno la distancia de la Tierra al Sol (como suele hacerse de ordinario en los trataditos de Astronomía para evitar el enojoso manejo de los millones), la de Marte corresponde a uno con cincuenta y dos centésimas. Y pues la diferencia entre ambas cantidades es cincuenta y dos centésimas, ése será precisamente el valor de nuestro apartamiento de Marte cuantas veces tenga lugar la susodicha oposición.

Y una vez puestas las manos en la masa de los números, sigamos haciendo cuentas. Si las órbitas de los astros fuesen circulares, esas cincuenta y dos centésimas no sufrirán ningún retoque de consideración. Pero resulta que no hay órbita alguna estrictamente circular, ofreciendo por el contrario todas ellas mayor o menor excentricidad. Si en el centro de la elipse colocamos el Sol, diremos que cuando un astro pasa más cerca de él está en perihelio, y en afelio cuando se aparta más. De donde si se diera el caso de hallarse al mismo tiempo en perihelio el planeta Marte y en afelio la Tierra, dispondríamos de una oposición ideal y de la mejor coyuntura de observación.

En este supuesto las cincuenta y dos centésimas quedarían reducidas a treinta y ocho, es decir, que en lugar de vernos distanciados por setenta y siete millones de kilómetros, no habría entre Marte y la Tierra sino cincuenta y seis millones de kilómetros. Y la razón de ello es porque cuando Marte llega a su perihelio dista del Sol uno y treinta y ocho centésimas, y al pasar la Tierra por su afelio nos separamos del Sol uno y pico, la cual (despreciando el pico de alejamiento de nuestro planeta) nos da el resto ya apuntado para la coincidencia de una oposición ideal.

Desgraciadamente para los astrónomos, esta

hipótesis no penetra en el campo de la realidad, pues el perihelio de Marte y el afelio de la Tierra no se proyectan sobre un mismo punto del cielo. Deducción muy fácil de comprobar con sólo trazar las dos órbitas ocupando su centro el Sol. Tírese luego un diámetro que corte al Sol y el centro de perihelio marcial. Dicha recta no corta el punto de afelio terrestre, quedando la Tierra a un lado de esa línea diametral.

No obstante esta contrariedad son muy ventajosas las circunstancias en las cuales puede observarse a Marte cada quince años o algo más, pues su distancia de la Tierra llega a alcanzar un valor de treinta y nueve centésimas, o sea un equivalente de cincuenta y ocho millones y medio de kilómetros. Y si bien es verdad que las incógnitas sobre los problemas marciales van en razón directa de los progresos de la ciencia y cada nuevo descubrimiento en dicho astro se ha presentado casi siempre con una cohorte de ecuaciones de dudosa solución, no es menos cierto ser el planeta Marte el mejor conocido de las lámparas suspendidas de la bóveda celestial.

Se le atribuye una atmósfera parecida a la nuestra... Se ha especificado la topografía marcial hasta el punto de señalar acá y allá “mares y lagos”, montañas y llanuras, nieves e hielos, casquetes polares, nubes de esta o aquella condición... Schiaparelli llegó a descubrir la existencia de “canales” de prodigiosa longitud, trazados a regla y compás, los cuales revelan un sistema prodigioso de irrigación, que lo quisiéramos para nosotros, los poseedores de una cacareada civilización... Los estadounidenses (U. S. A.), formidables fabricantes de cábalas científicas, han recibido avisitos inalámbricos (¡por supuesto!) de los habitantes de Marte, aunque no han sabido descifrarlos por no estar redactados en inglés... El idioma de “Kulich” está lejos de ser universal.

¿Qué y cuánto hay de cierto en todo ello? Hoy no me queda ya espacio suficiente donde analizar la cuestión y, fiel a las indicaciones de mi buena amiga, déjolo para otra vez. Quede empero ser-tado (y sirva ello de consuelo a los soñadores pertinaces de la habitabilidad astral) que ese vecino nuestro parece hallarse perfectamente acondicionado para recibir los gérmenes de la vida y afortunadamente se aproxima a la Tierra cada tres lustros por el gustillo de dejarse ver. Dado el sorprendente alcance de los anteojos astronómicos y aunque esa relativa proximidad equivalga a ciento cincuenta y dos veces la distancia de aquí a la Luna, la Ciencia lleva camino de decir algo definitivo sobre los misterios del mundo marcial.

¿Quién sabe si los norteamericanos acabarán por comprender los “telégrafos” que les vienen haciendo los discutidos moradores de aquella apartada mansión!

DR. Q. CHILLO.

CAVANNA, ABOITIZ & AGAN
ABOGADOS

Roxas Bldg. N.º 212

Tel. 572

MAXIMO VICENTE

Talleres de Pintura, Escultura, Platería y Mar-molería. Prontitud y Esmero en los Encargos

Imágenes, andas, altares, púlpitos, ornamentos de Iglesta, Mausoleos, Monumentos, Bordados en oro, Lápidas, etc.

83C-34 R. Hidalgo, Manila

Tel. 3528